

Vlad Tepes

Adrián Alonso Marín

Image not found.

Capítulo 1

A mi iglesia, a mi cruz, ella me dio fuerzas para aprender a no estancarme y a avanzar, ella acabó este libro, no yo.

"El infierno es el sufrimiento de ser incapaz de amar"

F. M. Dostoievsky (Los hermanos karamazov)

CAPÍTULO 1

Escribo este relato con el propósito de alumbrar al mundo, de que la ignorancia sobre lo ocurrido sea un mero recuerdo, una anécdota para aquellos que quieran conocer la verdad, y como dijo mi mentor e iniciador dentro del ideal monástico, no hay más ciego que el que no quiere ver.

Escribo con el objetivo de que el miedo y el temor sean erradicados, ya que temer al propio temor no hará ningún beneficio a nadie que lo posea. ¿Qué guerrero blindo la espada sin firmeza y con una mano?, ¿Qué condenado ante el verdugo no es capaz de admitir su error y sollozar y suplicar ante la pérdida de su alma y de su cuerpo?, ¿Qué miembro del clero en el día de la expiación no abraza su muerte como cual mejor amigo se tratase y suplica por cruzar esa barrera drástica que le separa de su amor? Estos simples ejemplos nos deberían bastar para saber que el miedo es un enemigo al que hay que dejar atrás, éste es el propósito de las atrocidades que les voy a brindar.

Escribo ante todo con total humildad, gran conocedor de que soy de los pocos que hoyan esta tierra capaces de relatarlo, no por mi instrucción durante estos años, ni porque considere que este siervo feligrés ocupa un eslabón superior en la cadena intelectual. Soy de los pocos capaces de relatar lo ocurrido, porque soy de los pocos que han sobrevivido. Miembros sobran en una anatomía para hacer recuento de aquellos que han mirado fijamente a la muerte, aquellos cuya vida pendía de un pensamiento equivocado e instintivo. Muchos dependimos del sol de aquel día, o de que cualquier incidente hubiese perturbado la mentalidad de nuestro amo, y es que, a ciencia cierta, no había ningún motivo que explicase y justificase los comportamientos relatados aquí presentes.

Mi relato es para los herejes, para que sepan contra quien se enfrentarán si no siguen el camino de la luz y del amor que procesa mi verdadero

señor. También es para los enemigos que desafíen el reino donde yo me crié, ya que no he conocido cuerpo que derroche semejante energía, ni mente más astuta y perversa en este mundo. Mi relato es para las madres campesinas, para que reflexionen y admitan que su situación podría ser bastante peor de lo que ya es, quizá la preocupación matutina sea labrar el campo del señor que la protege, pero hay preocupaciones más profundas, descabelladas si las analizamos con templanza, preocupaciones que llevarían al más sensato al borde de la locura, capaces los infelices de vender su alma al diablo en pos de un hilo de esperanza en sus días grises. Estas pocas palabras que puedo plasmar aquí deberían ser cantadas y leídas en todas las villas conocidas, en todas las aldeas donde haya un alma que respire, en todas las casas en las que el fuego crepite en mitad del bosque invernal. Nadie debería pasar por alto lo ocurrido y lo presenciado, ya que estos hechos si hubieren quedado en el olvido, podrían repetirse con semejante crueldad.

No deseo que ningún oyente, en un alarde de empatía innecesario, sufriese los sentimientos escalofriantes que sentí yo. Nadie salvo el vigía eterno es conocedor y sufridor de mis penas, de mis eternos llantos y lamentos hasta el amanecer, y nadie, absolutamente nadie, ni este fiel, es capaz de sentir e imaginar las lágrimas que derramó él viendo los crímenes que con tanto ahínco quiso erradicar del pueblo de Israel. Y es que he visto cosas que no desearía haber visto, desearía no haber nacido sabiendo prematuramente lo que vería en la plenitud de mi vida mortal, no he sido capaz de soportarlo más, y siento y tengo la profunda convicción de que solo aquellos cuya muerte les pasó rozando la piel son capaces de mirar con total impunidad a la verdadera sombra de la muerte.

Noches interminables he pasado en mi alcoba, sin nada más que las tres cosas que me acompañaron desde que tengo uso de razón, y que me acompañarán hasta que me uncen en mi lecho: la Sagrada Escritura copiada a mano por Esdrás, el crucifijo que recibí de mi progenitora el día que falleció en el establo donde servía mi familia, y mis propios pensamientos. Sin ellos no tendría nada sentido, ni la muerte de más de 300.000 inocentes, ni el derroche de sangre mártir y de lágrimas inútiles, ni siquiera tendría sentido mi orden religiosa, ya que ella pende de mis propios pensamientos, sin ellos no cabrían ni estas palabras, carentes de sentido. Y es que no hay nada más necesario y cruel que una cabeza incesante, capaz de torturar al más cuerdo, de convertir la cordura en demencia, de no dejarte descansar hasta llevarte al borde del abismo, consumido por tu propia mente, condenado a una crueldad semejante a la de Sísifo, y es que mi piedra es más pesada que cualquiera cargada en la antigüedad, más siniestra esclavizadora que los cimientos de Keops.

Lo que he visto haría regurgitar al mismísimo Lucifer, señor y amo de las tinieblas, y entre arcadas y contracciones estomacales suplicaría clemencia y un día de desasosiego. He visto cosas atroces, desde las más

mundanas propias de la guerra que acontece contra los otomanos, a cosas que no deberían haber pasado, acontecimientos que surgieron porque los hombres buenos permitieron que el mal se impusiese, y es que este es el único requisito para que el mal triunfe, que los hombres buenos no hagan nada. He visto túnicas rasgadas por lamentos de una madre al contemplar su más bella creación destruida, he olido cosas que penetraron en mis fosas con tal hedor que los muertos saldrían de su sepulcro si oliese de similar manera, he oído cosas que merecerían arrancarse los oídos, cortarse la lengua y amputarse las manos para no reproducirlas y enterrarlas en lo más profundo de mi ser.

Recurro al secreto de la noche para haceros partícipes de lo ocurrido, ya que ciertas noches permitíame el lujo de evadirme de mis sentimientos, de desterrar de mi cuerpo todo lo podrido, todo lo malo, dejando en mi el blanco de la paz, momentos tiernos y eternos, inexplicables como la belleza y el cromado de las hojas otoñales, y perfectos como la creación terrenal. Y es en estos precisos momentos donde dejando volar mi corta imaginación y haciendo acopio de valor y tez, puse en trozos rasgados de papiro las palabras clave que harían memoria en mí, haciéndome cómplice y confidente de todas las almas perdidas, de todas las víctimas sin retorno, me hice fiel íntimo de la propia muerte, siendo justos, la propia muerte habló cara a cara conmigo más de una noche oscura, y más de un día claro.

Mi historia debería servir de legado de aquellos cuyas almas nos abandonaron, que sepan que desde aquí su muerte no habrá sido en vano, mientras que existe un solo hijo de Dios que recuerde lo acontecido, todas esas almas estarán presentes entre nosotros.

Quiero que recuerden todos quién era mi amo y señor, para que se derroquen a sus descendientes del poder, para que se les persiga y aniquile hasta el fin de los días, y sólo en ese momento será cuando la justicia y la paz reinarán en los hogares de todas las víctimas. Quiero que se recuerden las hazañas guerreras de mis compatriotas para crear una civilización poderosa e imperante, pero a su vez quiero que se recuerde todo esto para que la gente comprenda que no hay nada que esté justificado, las torturas, amputaciones, crematorios y asesinatos sin defensa, deberían ser relatos leídos en los libros, no ser el pan de cada día. Quiero que todo el mundo se grave a fuego en su piel el nombre de mi señor: Vlad Tepes, Vlad en el Empalador, hijo de Vlad Draculea.

CAPÍTULO 2

Muchos dicen que Vlad nació con el demonio dentro, dicen que las maldades y crueldades que realizó le llegaron desde que vio la luz por primera vez, y durante décadas y décadas se fueron forjando y desarrollando dentro de él, hasta convertirlo en un ser despiadado y sanguinario. Pero si hacemos honor y justicia con la historia, podréis estar

de acuerdo conmigo, en que su infancia no fue la más ideal de todas, y que muchos de los episodios vividos, hicieron mella en él y lo perturbaron hasta la locura.

Su padre Vlad Dracul fue el emperador del reino de Valaquia, un hombre honorable y justiciero hasta donde se puedan corroborar estas palabras. Mantuvo guerras constantes contra los húngaros, ya que siempre han visto a nuestra región una zona clara a conquistar, una parcela de tierra a la que añadir a sus terrenos. Cuando él gobernaba, los turcos nos consideraban nuestros aliados y amigos, y por el bien común, más valía tener a los turcos como fieles amigos que como rufianes enemigos, y es que, aun cuanta gente pueda decir lo contrario, los turcos son actualmente uno de los ejércitos más letales que existen, no sólo por su número, sino por su eficacia, y es que legiones enteras de turcos son capaces de cruzar toda la gran depresión central de Valaquia a la luz del día en pocas horas, devastando todo cuanto encuentran a su paso.

Cada cierto tiempo, los turcos reclamaban la adquisición de 1.000 niños procedentes de Valaquia, y para demostrar su lealtad al señor otomano, Vlad Dracul entregó a 999 niños campesinos, y a uno más, a su propio hijo Vlad Tepes. Los otomanos querían incorporar la mayor cantidad de niños procedentes de cualquier rincón del imperio por muchísimas razones, una de ellas es que al tener tantos soldados de tantas regiones diferentes, surgía entre las hordas un sentimiento de unidad, de que uniendo fuerzas todos aportaban su engranaje a una maquinaria mucho más perfecta.

La realidad era bien diferente, y es que ningún niño quería entregarse a las manos del ejército otomano, y las madres derramaban lágrimas durante años enteros, sabían bien conocedoras de la verdad, de que su hijo volvería muerto o no volvería, y en caso remoto de que volviese lo haría convertido en un ser totalmente diferente al que se fue en pleno apogeo de su juventud, volvería un ser demacrado, castigado en cuerpo y alma, cuyas cicatrices más visibles eran las que dejaban huella por el látigo y los grilletes, pero las cicatrices más profundas eran las que dejaban el odio y el rencor.

Vlad Tepes creció en este mundo, alejado de sus progenitores, alejado de todo cuanto conocía hasta entonces. Imagino que tuvo que ser un golpe letal a su mentalidad de infante el verse vendido y traicionado por su propio padre, sangre de su sangre, corazón de su corazón. Imagino que durante varias lunas no se pudo imaginar que su paradero estuviese al lado de 999 niños a los que consideraba sus súbditos en potencia, y su destino fuese aquellas paredes que un día soñaría con derrumbar a base de fuego y piedra.

Muchos cuentan, que el emperador turco cogió en gran estima a Vlad, y le formó junto a su guardia personal. Cuentan que dedicaba la mañana a

formarle en cuerpo hasta llegar a su límite, hasta que fuese el mejor guerrero de su generación, y también los ancianos cuentan que durante el crepúsculo con mapa en mano diseñaban ambos planes estratégicos y formaban campañas para conquistar los terrenos colindantes a su propio reino. Lo cierto es que día y noche le sometieron a la guerra, le inculcaron valores atroces y desde su más tierna infancia pudo sentir sobre sus carnes el placer de aniquilar y el dolor que producen el látigo y la vara. Le enseñaron a soportar el dolor, e incluso a abrazarlo e integrarlo como parte propia del ser humano. Muchos dicen que el dolor le mantiene a uno vivo, ya que si no hubiese dolor, significaría la expiación de la vida.

Si juntamos todos estos acontecimientos desagradables, y los unimos a la avidez y a la astucia que provocan el hambre, la peste y la guerra, tenemos lo que hoy todos conocemos: un maníaco torturador, un asesino implacable, una persona que no tiene ataques de conciencia y no responde ante nadie salvo al acero de la espada.

En 1456 murió Vlad Dracul, su padre, achacado por incisivas heridas de guerra y una salud mermada por el frío y las largas campañas en los bosques. Se podría decir que murió blindando la espada, sujetando su escudo y en servicio y presencia de sus tropas, pero la verdad fue que tanto él como su primogénito fueron aniquilados por los nobles boyardos (los señores de la tierra de Rumanía). Semanas más tarde, Vlad Tepes llegaría a nuestro reino convertido en el emperador de Valaquia.

Los turcos cometieron un craso y grave error, no se percataron de cuidar el afecto del niño, afecto que no era tal hacia los turcos, justamente lo opuesto: en esos largos años que pasó bajo la tutela del imperio turco se generó en su interior un odio mortal, no sólo contra los mismos, sino contra todo aquel que fuera diferente a él. No me imagino cómo se pudo degenerar tanto una mente humana capaz de convertir la razón en la locura, capaz de no sentir empatía ante el dolor ajeno, exterminando todo aquello que era digno de amor y de respeto. Lo que sí se puede decir, es que Vlad el empalador volvió con un semblante bien distinto del que con el que se fue. Antaño olvidados quedaron la inocencia y los ojos vidriosos de aquel niño sin maldad, volvió un hombre con la muerte en su mirada. No se podría decir que tuviera una talla desmesurada, ya que apenas alcanzaba los 8 pies de estatura, pero a relucir estaban todos y cada uno de los músculos de su torso, con hombros anchos y duros. El peor aspecto que podría destacar de él cuando escudriñé su rostro por primera vez fue su mirada, a la cual no puede mirar más de un segundo. Una mirada fría, vacía de vida, con un aspecto amenazador. Tras sus dos luceros negros, nadie podría decir que se ocultaba un alma de Dios, no se apreciaba ni una sola gota de bondad, todo era muerte, negro y oscuro como el azabache. Tenía una cara fina, con una nariz y unos labios igualmente finos, que no hacían más que resaltar la furia de sus ojos. Destacaba de la misma manera, un grueso y ancho bigote negro, que le otorgaba un aire

de caballero y un aspecto señorial a su vez.

De su reinado, oscuro y sombrío, corto y eterno a la vez, los historiadores acongojados solo pudieron sacar a la luz el patriotismo que él mismo derrochaba, ya que como justificación a sus crímenes, ponía de manifiesto que aniquilaría a todo aquel que quisiera atentar contra las tierras que su padre tanto esfuerzo había dedicado.

Su fiel servidor, un feligrés escriba, que no historiador, ya después de haberlo visto todo en esta vida, no se siente afligido para contar su verdadera historia, ya que el patriotismo para aquellos que lo sienten como parte de su vida, es otra cosa bien distinta de lo que aquello fue.

Numerosas son las anécdotas y las historias que se cuentan sobre Vlad Tepes, aquí voy a sacar a relucir las más notables, las que yo mismo fui escucha de ellas. Otras tantas quedaron en el silencio, se ocultaron los hechos y se difamó y se humilló en el honor de las víctimas.

Corazones temerosos, cuerpos débiles e impresionables, sentiréis como se endurecen los órganos de vuestro ya putrefacto e imperfecto cuerpo, pero aquí tenéis la verdadera historia de Vlad el Empalador.

CAPÍTULO 3

Desde el primer instante que sus corceles y su carrozas atravesasen las lindes fronterizas de nuestra región, Vlad profesó un odio interminable hacia turcos y rumanos, aquellos que destruyeron todo lo que tenía valor para él, su familia y su misma persona, y poco a poco, amanecer tras amanecer, fue saldando las deudas de su familia, fue vengando con solemne justicia a los asesinos de su mundo.

Uno de los momentos cumbres de su venganza tuvo lugar en la Pascua del año 1459 de nuestra era, en la que en un alarde de simpatía y amabilidad, invitó a los nobles boyardos a una cena, en la que establecerían nuevos lazos de amistad y dejarían olvidado antaño todas las luchas terribles que habían acontecido.

Les invitó a que honrasen a su presencia con las mejores vestimentas, con todas sus joyas e indumentarias de galas, ya que mejor oportunidad que esa para hacer alarde de su poder no tendrían. La cena se hizo en un gran salón de las afueras de la ciudad, cuyo propietario Ivan Zarich no tuvo más remedio que acceder a ceder su edificio para la celebración de la gala, y en caso de haberse negado, su destino se hubiera tornado similar al de los invitados a la gala.

Acudieron a la cita más de 300 invitados, todos ellos grandes señores, propietarios de inmensos latifundios, terratenientes con grandes capitales, cuyos problemas personales distendían de una manera lejana al hambre y

a las enfermedades del vulgo. Acudieron, según la invitación, con todos sus familiares y con todos sus antecesores y predecesores.

Acudieron hombres y mujeres, de todas las edades, desde el menor imberbe recién llegado al mundo hasta el más sabio anciano de pelo canoso, todos ellos con un pasado y con una historia, con una vida llena de plenitud.

La cena se desarrolló según el protocolo establecido, Vlad Tepes, acompañado de 4 señores distinguidos, ocuparon la mesa central. Claro está que nuestro señor ocupó el asiento que le situaba en medio de ellos cuatro. Vlad se vistió de la misma manera que los señores, con sus mejores galas, destacando en la capa que llevaba anudada al cuello una cerviz de todo, esplendorosa, gloriosa. Durante la velada, se sirvió la carne más exquisita de la región, acompañada del mejor vino para los señores, y de una bebida para los acompañantes parecida al zumo de arándanos, cuyo sabor al paladar solía producir un asombro bastante particular, su aspecto no hacía honor a su sabor.

Pero estos señores, que en su tiempo fueron grandes caballeros en el campo de batalla, y embriagados y embaucados por la cena, no tuvieron la certeza de asegurarse de las intenciones de Vlad, ni mucho menos de estar en vigía durante la velada, ya que ese descuido fue fatal para todos ellos. En un efímero momento, en el que los párpados descienden y retornan a su posición original, más de 500 soldados, todos ellos pertenecientes a la guardia personal de Vlad, irrumpieron en el gran salón con la espada desenvainada haciendo acopio de usarla a la más mínima rebeldía. La primera reacción de los invitados fue de estupefacción, de sobresalto. Ninguno acertó a levantarse de su asiento para imponer su fuerza e intentar detener lo que iba a suceder, es más, ninguno de ellos atinó a levantar la voz. El miedo y la congoja actuaron en ellos con la misma velocidad que el veneno penetra en la sangre.

No hubo grandes gritos en el inicio, ningún señor humilló su honor. Todos ellos, en vez de exaltarse y tornar la situación en un suicidio de su pueblo, mantuvieron la compostura, impasibles a lo que les sobrevenía, haciendo un gran alarde de tantos galardones adornaban sus ropajes, demostrando que la guerra les había hecho hombres poseedores de la valentía llegaba a su grado póstumo. Solo dos de los más jóvenes calentaron su ánimo, pero fue apagado con vehemencia y seguridad por sus progenitores.

Muchos soldados de la guardia personal de Vlad, cuentan entre los aldeanos que cuando estaban todos sus invitados con el acero acechándoles el cuello, pronunció las siguientes palabras: *“Mis amigos boyardos, protagonistas de mis interminables pesadillas, ahora lo seréis de mis sueños. Vuestra presencia no ha sido nunca halagadora, habéis llenado de lascivia, horrores y modales descuidados la noble casa de mi padre, padre que vuestra merced me arrebató junto con la sangre de mi*

hermano, sangre que reclama sangre. Cruel destino de mi familia sucumbir ante el ataque de vástagos adversarios, deshonrosos nobles, cuyo nombre jamás quedará indemne, cuyo legado quedará destruido hoy mismo. Yo os condeno, os condeno a sollozar y pedir clemencia ante el verdadero señor de Valaquia, hoy seréis testigos de los límites de la crueldad, tan solo cuando veáis a vuestras mujeres mancilladas, a vuestros padres descompuestos, y a vuestros hijos esclavizados, tan solo entonces, podréis llamaros caballeros con dignidad. ¡Guardias, proceded!

Acto seguido, después del tajante simposio, los soldados sacaron al exterior a aquellos que eran demasiado jóvenes o demasiado caducos para entablar combate, dejando dentro del salón a los señores boyardos junto a sus esposas. Vlad les invitó a seguir con la cena, alegando que sería el último trozo de carne que probarían en su vida, y que necesitarían fuerzas para no someterse a la muerte. Algunos de ellos, los más astutos, continuaron cenando y devorando el plato, sabiendo que no había muchos infelices prisioneros que hubieran salvado la vida en una situación así. La mayoría de las esposas y madres, se derrumbaron y sacaron a la luz su alma mustia, rompiendo a llorar antes de tiempo, pero sin hacer el menor ruido, con el miedo latente a que las degollasen allí mismo.

Al cabo de un rato, entró el capitán de los soldados, y anunció a la sala que estaba todo listo. Ataron de pies y manos a todos los allí presentes, ya que parece ser que no era tan elevada la ventaja que tenía toda una horda de soldados armados frente a caballeros desprovistos de su honor y de sus armas.

Les obligó a salir a la intemperie, y una vez salieron todos, una ola de terror les sobrecogió. Al sonido del silencio, solo le interrumpía de vez en cuando un ahogado grito de sollozo, acompañado de una arcada y de un vómito posterior.

No fueron fruto de la cena, ya que tanto la comida como la bebida eran de una calidad asombrosa, fueron fruto de lo visto con sus propios ojos. Ni el más guerrero experimentado presente allí, ni el más feroz sanguinario, cuyas muertes que había otorgado, cuyos miembros había diseccionado, pudo alegar haber visto algo igual: todos los que habían salido anteriormente, ancianos y jóvenes, habían sido empalados, formado una curiosa figura cuadrada, en el que los empalados centrales eran los que más primaverales habían visto.

El apodo de Vlad hacía honor a su nombre, y más que a su nombre, se podría decir que hacía honor a sus prácticas en el campo de batalla, todo el que no hacía acto de sumisión eran mandado empalar. La técnica que utilizaba era muy sencilla, a la vez que efectiva, talaban madera de nogal de una longitud que oscilaba entre ocho y nueve pies de longitud, tallado en uno de sus extremos convirtiéndolo en una gran lanza gigante, salvo la excepción de que no llegaba a ser tan puntiaguda como para pinchar, de

medio pie de anchura y embadurnado de aceite en ese extremo de aspecto piramidal, con el objetivo de que se deslizase al penetrar en el cuerpo humano, sin destrozar los órganos vitales, pero impulsándolos y aglutinándolos hacia el orificio oral; sadismo y perversión al servicio del ojo humano. El gran palo de madera, penetraba por el ano, produciendo un dolor agudo acompañado de un desgarramiento terrible, y seguía penetrando hasta que el cuerpo se dividía en dos como si fuera papel, o hasta que el difunto alcanzaba el suelo con los pies. El desenlace era igual de aterrador, una miscelánea de sangre y vísceras, de olor putrefacto y de un cuerpo a los pies del horror.

Esto es lo que vieron los nobles boyardos al salir del gran salón, y esa mezcla visual y olfativa indujo a varios de ellos a acompañar a sus señoras en el vómito. Todos estaban atónitos, los más fuertes miraban asombrados llorando lo que habían hecho con sus padres y con sus hijos, los más débiles, apartaban la mirada sumidos en el mismo llanto que los otros. Todos ellos abatidos en combate, sin un ápice de rencor en el cuerpo, ni venganza, ni odio, solo el deseo de no correr la misma suerte que los que tenían en frente, y con la mínima esperanza de sacar a sus mujeres con vida.

Vuestro siervo no estuvo presente aquella noche, pero las habladurías dicen que los que no acabaron empalados en aquel campo, fueron conducidos a pie desde Târgoviste hasta un castillo en ruinas que había cerca del río Arges, y que un tercio de aquellos nobles perecieron en el camino, desprovistos de provisiones, desnudos ante la furia de la naturaleza. Cuando llegaron a aquel río, vieron un camino que serpenteaba entre el acantilado, un pequeño sendero flanqueado por sendos lados por un terrible precipicio tan grande como una catedral gótica, antaño se utilizaba para asesinar a los prisioneros en el combate, hoy se utilizaría como estrategia defensiva para el hogar de Vlad.

Los no muchos que llegaron con vida o con fuerzas suficientes para no arrastrarse por ese camino, fueron obligados a reconstruir el castillo, a poner piedra sobre piedra, a elevar cimiento tras cimiento, a continuar pese a la muerte de los que le rodeaban.

La campaña duró varios meses, en los cuales a diario iban pereciendo sin distinción ninguna. Se alimentaban de algún animal muerto que se encontrase en la cantina, y los más desesperados que no probaban bocado en varios días y que estaban al borde de la muerte, devoraban a los caídos, a sus propios compañeros. Y es que el aspecto famélico de todos ellos era denigrante, sumado a que sus ropajes, que meses atrás habían dado gloria a todos ellos, ahora eran sucios harapos hechos jirones, harapos que provocaban el deleite y el regocijo de Vlad el Empalador.

Cuando se hubo acabado la construcción, cuenta la leyenda, que les dejó morir a todos ellos de hambre, y que en no más de un cuarto del ciclo lunar, solo quedó uno con vida. Vlad invitó a ese señor a una cena en su castillo, como muestra de su gratitud y como apertura a su nueva vida de palacio. En ese momento, Vlad le aseguró que todavía quedaba una misión para aquel boyardo, y es que la construcción no había finalizado, quedaba aún por decorar el gran castillo, y aunque ya se habían trasladado todos los muebles y todos los aposentos y habitáculos estaban completos de alfombras turcas, cuadros italianos y lámparas y candelabros franceses, faltaba un último retoque en su castillo: le empaló y lo colocó en la entrada del castillo, como mensaje de recibimiento para sus amigos, y como mensaje de advertencia para sus enemigos.

CAPÍTULO 4

El antiguo imperio romano fragmentado en múltiples reinos, diversas culturas, tan sólo una perduró en el tiempo, sólo una se alzó por encima del resto. Se han forjado la oscura voluntad de los sultanes turcos desde hace más de mil años, sus tropas infinitas conquistaban todo lo que el ojo alcanzaba a ver. Roma, Milán y las dos provincias españolas se unieron para hacer frente a este monstruoso ejército, una lucha gloriosa que decantaría el porvenir de toda Europa.

Nuestro reino, el de Valaquia, tenía una zona fronteriza con este gran imperio, y durante más de 40 años, conseguimos reducirlos y contenerlos tras las montañas.

Una gran batalla se libró, en la que miles soldados perecieron en el campo. Por mi instrucción no puedo explicar cuáles fueron los motivos de la victoria, intuyo que Vlad acompañado de sus comandantes idearon una emboscada, tendiéndoles una trampa en la parte central de las filas y flanqueándolos y rodeándolos con arqueros y espadachines a caballo. Cierto es que si Constantinopla hubiera enviado todo su poder, ningún emperador de Europa hubiera podido hacerle frente, pero ese pequeño ejército, esos desafortunados hombres, sirvieron no sólo de entrenamiento para nuestras hordas, sino que nos ayudarían aún más a nuestra causa.

Vuestro fiel siervo se encontraba en aquella campaña, muchos sacerdotes eran conducidos entre las tropas para proporcionar la unción a los caídos, a aquellos que su alma expiraba y que no había posibilidad ninguna de retenerles en este mundo. En ocasiones nos llevaban como fardo para inspirar valor a los soldados, para darles unas últimas palabras de fe a los combatientes, y cuando en ocasiones la campaña se postergaba en el tiempo, celebrábamos la eucaristía a la que acudían el ejército en su integridad, sin excepción ninguna.

Recuerdo aquellas semanas con cierta nostalgia, y con bastante temor. Nostalgia porque era admirable la fuerza que derrochaban aquellos soldados, todos concienciados de que podrían ser los últimos momentos de sus cortas vidas, y ello no era motivo para charlar animosamente, no les impedía establecer lazos de amistad, que en ocasiones duraban menos de un día, pero en otras ocasiones cuando los soldados salían victoriosos duraban para toda la eternidad. Pero el miedo era la sensación que más a menudo recorría mi corazón, no sólo miedo por la inminente presencia del enemigo, que según los informes que nos traían los mensajeros y los rastreadores, era un conjunto bastante igualado al nuestro en cuanto a número, pero que nos superaba en instrucción y que no combatía con el mismo corazón que el nuestro.

La lucha entre los dos batallones duró tres interminables días, en los que el cansancio y la herida hicieron mella en los turcos. La emboscada que hicieron nuestras tropas debilitó en exceso a la rival, y que acusó a lo largo de los días.

La historia negra de nuestra nación contempla que la victoria tuvo lugar por dos motivos diferentes, que ningún soldado afirma solemnemente, pero cuyo rumor corre de boca en boca como el agua entre las rocas. Afirman estas lenguas que Vlad procedió a cometer dos argucias que macharon los corazones turcos. La primera fue que quemó los campos que rodeaban el campamento turco, de esa manera, los primeros días todos los soldados gozaban de buenas raciones de alimento, y su espíritu jovial se rejuvenecía aún más ante saciar su apetito, pero cuando los días pasaron, los soldados encargados de recolectar comida tuvieron que andar más, ya que encontraron veredas enteras quemadas, la comida empezó a escasear, las fuerzas flaquearon y los corazones no se agitaban convulsos como antes. La otra escaramuza fue que nuestro emperador envió al campamento turco miles de tuberculosos, procedentes de los barrios más bajos de la periferia de Valaquia, fingiendo que eran ciudadanos exentos de la guerra y que no tenían nada que ver con Vlad, al que incluso detestaban y blasfemaban contra él. La enfermedad se propagó como la nieve en el invierno, y se cuenta que la mitad del ejército turco no murió por la espada en la batalla, sino en la cama sin un doctor o un diácono a los pies de su catre.

Cuando la batalla llegó a su fin, Vlad no dejó descansar a sus soldados, exhaustos tras el combate. Les ordenó talar todos los árboles que habían sido testigos de la lucha, de diferentes tamaños, y empalaron a todos los soldados rivales muertos, colocando a los de mayor categoría en las primeras posiciones, y a los rasos en las últimas, además de empalar con un tronco más largo a los comandantes y generales. Duró la maniobra 4 horas, en las que Vlad aprovechó para que le preparasen un gran festín en ese mismo campo, provisto de una larga mesa de madera en la que había una pequeña cesta con frutas y varias piezas de carne. Soy testigo de una gran leyenda que corre a cargo de Tepes: colocó un cáliz dorado al pie de

cada estaca en la que había empalado a cada uno de sus adversarios, la sangre manaba y fluía por la madera, hasta llegar a la copa haciéndola rebosar de líquido rojo. Después se bebía todas las copas, en total fueron 59 las copas de sangre que bebió aquel 23 de noviembre de 1459.

La imagen era desoladora, la guerra en sí ya era desoladora, pero aquellos soldados muertos con gloria la perdieron en el mismo instante en el que su respeto fue arrebatado, y es que con los vivos está prácticamente permitido todo, pero con los cadáveres no hay cometido que valga, no hay nada justificado, un cuerpo muerto solo posee una cualidad, la tranquilidad eterna de encontrarse en un reino mejor, si no perdura esa tranquilidad, si no puede reposar su alma en paz, cuentan los ancianos que ese alma vagará eternamente por las llamas del infierno.

Un soldado rumano, inexperto combatiente, resultó salir leve del enfrentamiento. Mientras Vlad Tepes degustaba su menú, los soldados no tenían otro acto que hacer que recorrer el bosque con su mirada, árboles talados, cuerpos atravesados, espectacular horror. Este soldado percibió el hedor de varios de esos cuerpos, un olor penetrante en las fosas como si en una propia fosa se encontrase uno, un olor a carne muerta, un olor que te recuerda que son los órganos de esa persona los que están resbalando por el gran palo, o en su defecto saliendo entre sus dientes. Este soldado, en un acto reflejo e inconsciente, frunció el ceño y le cambió la cara cuando llegó el olor a su nariz. Por un simple lance del destino, Vlad se percató de que no le estaba gustando tanto el olor que sentía como el espectáculo que veía, le preguntó que si olía un poco mal a su gusto, a lo que el soldado le respondió que no era precisamente lavanda lo que tenía en frente. En menos de diez segundos cuatro hombres le redujeron, le despojaron de sus ropas dejando al descubierto sus intimidades, y entre forcejeos y golpes, le introdujeron una gran estaca de cinco metros de largo por sus posaderas. Cuando apenas le quedaron fuerzas para gritar más a causa del dolor, Vlad acabó de comer, se acercó a él y le susurró con la voz entrecortada, tosca y ronca: *"espero que desde ahí arriba te llegue el olor a lavanda"*.

Millares de hombres murieron aquel día, la leyenda de Vlad no acababa sino de comenzar. Todos aquellos soldados empalados permanecieron allí varios años, hasta que otro imperio turco, con intención de entablar batalla contra Valaquia, pasó por el mismo sendero montañoso hasta llegar a la espesa llanura en la que se enfrentaron a nosotros. Cuentan que cuando vieron todos los cadáveres descompuestos totalmente, sin otra cosa que las ropas agujeradas por los carroñeros y un sucio esqueleto en ocasiones mutilado, vomitaron todos ellos, y dominados por el pánico y el temor a acabar de esa forma, dieron media vuelta de regreso a su patria, sobrecogidos por el miedo.

CAPÍTULO 5

A mediados de su reinado, una ola de crímenes y asaltos tuvieron lugar por todos los rincones de la comarca, actos impíos que tenían lugar a plena luz del día y que a menudo acababan con la muerte tanto de los agresores como de las víctimas.

Muchos ciudadanos acudían a diario a los pies del castillo de Vlad a ofrecer sus quejas y negociar una posible solución, ya que la situación se había tornado insoportable, el miedo había acudido a sus hogares y una sombra de hostilidades recorría las calles. Vlad tomó una decisión como las descritas anteriormente, acabar con ellos.

Reunió a todos los bandidos en una de las fincas de la periferia de la ciudad, y según las habladurías, también fueron llamados a acudir leprosos, tullidos, gente pobre y vagabundos. La mejor estirpe de la ciudadela.

Les ofreció un suculento festín en aquella mansión, en la que no faltó vino en abundancia y manjares exquisitos. Toda esa mezcla de gente pasaron los mejores momentos de sus vidas, expresado en boca de ellos.

Vlad, acompañado de su guardia personal, irrumpió en la sala donde estaba teniendo lugar la cena. Algunos describieron que en su cara se veía reflejada una sonrisa maliciosa, demoníaca si me permiten decirlo, una sonrisa fría y helada que solo aparece en aquellas personas carentes de escrúpulos, sabedores de cuán infinita distancia les separa de sus rivales y cuyas espaldas están protegidas por fieles soldados que darían su vida si fuese menester.

Vlad se interesó por el desarrollo de los acontecimientos, preguntando cómo se sentían en aquella situación, quería saber si la cena era de su agrado y de si habían disfrutado de la velada. Los reunidos allí, contestaron sin titubeos que era el mejor día de su vida, que todo aquello era perfecto. Vlad les ofreció una vida nueva, una vida sin preocupaciones ni privaciones, en la que todos los días pudiesen disfrutar de lujos como aquel, a la que los presentes vitorearon alzando sus copas contestando que sería lo deseado por cada uno de ellos.

Acto seguido, Vlad salió de la estancia acompañado de su guardia real. Apuntalaron la entrada colocando varias vigas de madera de roble, duras y tocas, de indudable fragilidad, cualquier persona que quisiera salir o entrar de allí tenía una difícil misión por delante. Ordenó a los soldados que lanzasen 20 antorchas ardiendo sobre el tejado de aquella casa y a través de los ventanales. El fuego crepitó incisivamente y en menos que dura una oración, toda la casa era pasto de las llamas, el fuego lo devoró todo y ni los propios cimientos consiguieron salir indemnes de aquel

incendio.

Vlad tepes subió por la colina que conducía a través de la ciudad subido en su carruaje, sin volver la vista atrás, sin derramar una mísera lágrima, mientras escuchaba en la lejanía los gritos de dolor de toda la gente quemada. La situación sería menos escalofriante si a ese grito ensordecido, no despuntase de vez en cuando el grito agudo de decenas de niños ardiendo.

Los habitantes de la ciudad que se encontraban en las calles en ese momento, pudieron ver como asolaba la ciudad pequeños fragmentos de ceniza gris, en lo que en un momento inicial, todos supusieron que estaba nevando, pero el olor del incineramiento les devolvió a la cruda realidad, el olor a carne chamuscada penetró hasta lo más profundo de su cerebro.

Otro grupo al que quiso erradicar de la ciudad, otros vagos vástagos portadores de innumerables maldiciones y enfermedades fue el de los gitanos. Acompañado de nuevo por toda su guardia, irrumpió en cada uno de los hogares en los que habitaban los gitanos, hogares que más que parecerse a una casa se asemejaban más a un establo por el que hubiera pasado una horda de vándalos. Hogares insanos carentes de hospitalidad.

300 gitanos fueron sacados a golpe de vara de sus hogares, y fueron conducidos de la misma manera a un campo de trigo del norte de la ciudad. Ató a los tres grandes líderes de aquella etnia, y los quemó a la vista de todos. No de la forma tradicional, pues Vlad estaba a la vanguardia en lo que a la sorpresa de sus muertes se refiere, los abrasó de la misma forma que se cocina a una presa capturada por un grupo de salvajes de los bosques. Colocó cuatro palos, situados en pares, de forma que cada pareja formase una cruz entrelazada, y otro gran palo apoyado en sus dos extremos sobre estas cruces. Anudó manos y pies de estos líderes a la gran barra que había situado, preparó una fogata curtida por la madera más reseca de la región, cuya combustión era rápida y no daba lugar a equivocaciones, y los asó a la parrilla en lo que se puede describir como una obra sacada de un libro de ficción, escrita por puño y letra por el diablo.

Cuando los cuerpos quemados se comenzaban a deshacer bajo las llamas, Vlad ordenó que los retirasen, y ofreció al resto de la etnia a que se deleitasen comiéndose a sus propios jefes, a sus propios líderes espirituales, a aquellos a los que debían seguir lealtad. Ninguno de ellos lo hizo, no hubo un solo gitano que probase el bocado de su misma sangre, de su mismo color, y el resultado fue que aquel día se cocinaron 300 gitanos a la parrilla, 300 almas quemadas en el soplo de una noche, 300 vidas fueron suprimidas de la ciudad en un abrir y cerrar de ojos, y con todas ellas, la criminalidad casi se erradicó por completo de Valaquia. Como contraprestación, aquella "nieve" cayó sobre la ciudad durante un cuarto del ciclo lunar, el olor no se disipó hasta que volvió de nuevo el

invierno y el sentimiento y la sombra de la muerte que assolaba la ciudad jamás se marcharían de aquellos que pudieron contar esta historia a sus hijos.

CAPÍTULO 6

Todas estas anécdotas llegaron a mí a través de mis hermanos del monasterio. Durante los largos días de retiro, en los que el silencio estaba presente en todos los rincones salvo en la cabeza de cada uno, de vez en cuando coincidían varios monaguillos por los oscuros pasillos de aquel lugar, y se ponían al día contando las nuevas que tenían lugar en la comarca. Los que salían a la calle para hacer los recados y contentar al resto de los hermanos, volvían a casa con un sinfín de nuevas historias que les habían comentado los comerciantes de la Plaza Mayor de la ciudad. Todos nos quedábamos patidifusos al escucharlas, a todos nos embargaba el mismo sentimiento de soledad y abatimiento ante estas noticias, a todos se nos encogía el corazón y acudíamos raudos a hacer nuestras oraciones en nuestra alcoba individual para pedir piedad por aquellos que nos abandonaron, que Dios los guarde bajo su yugo. En ocasiones después de pedirle al padre clemencia para los desprotegidos, sacaba de un pequeño cajón unas hojas de papiro, tinta negra y la pluma que me regaló mi mentor el día que acabé mis estudios y ponía por escrito todo aquello. Temía ante todo que los recuerdos me abandonasen, y quería sobre todo que mis hojas sirvieran de legado en caso de mi camino se cruzase con el de El Empalador. Muchas de esas hojas acabaron desechadas empañadas por las lágrimas caídas por vuestro siervo, pero otras acabaron pasando de oído en oído por toda la comarca.

La historia que les voy a relatar a continuación, no me llegó por ninguno de mis hermanos, fueron mis propios ojos los que fueron testigos de lo ocurrido. Había muchos días en los que los sacerdotes acudíamos al castillo de Vlad a petición suya. Aparte de que tenía la sana afición de celebrar la Eucaristía a cualquier hora del día y a cualquier día de la semana, solía pedirnos consejo para salvar su alma. Pese a las atrocidades cometidas, él tenía la seguridad de que era un paladín del cristianismo, y todos los sacerdotes le aconsejaban sobre su manera de actuar, poniendo especial cuidado en no mencionar las muertes que había en su haber, si alguno cometía este error, automáticamente dejaba de ser hermano nuestro, no porque fuera expulsado de la orden, era expulsado de la vida.

Cierto día mientras estábamos reunidos en mitad de su castillo, acudieron tres emisarios turcos, procedentes del mismo corazón de Constantinopla, portando noticias nuevas sobre aquel sultán turco tan odiado por nosotros. Las órdenes que traían eran muy concisas, venían a solicitar la sumisión de Valaquia frente a los turcos y a pedir el tributo de entregar a

500 niños como reconocimiento y muestra de tal sumisión, desalmados.

Aquellos turcos hicieron acto de presencia en nuestro reino con las vestimentas propias de su región, largas túnicas blancas cubrían sus cuerpos de cabeza a pies, holgadas en toda su tela, cualquiera podría decir que otro turco más cabría dentro de esa misma prenda. Todos ellos utilizaban unas sandalias anudadas a los tobillos, cómodas y prácticas salvo cuando la guerra tenía lugar en zonas montañosas. Los tres emisarios tenían una barba desaliñada y poco cuidada, a la vez que extensa y poblada en demasía. Pero lo que creo que determinó la actuación de Vlad fue el turbante que cubría sus cabezas, turbantes blancos en cuya cúspide relucía una gran bola circular de color rojo, de la que prendían pequeñas líneas rojas que se extendían hasta el borde del turbante.

Hay que recordar que un emisario se puede considerar casi un ser sagrado, es un pobre hombre al servicio de un reino, cuya única misión es transmitir de un reino a otro lo que un hombre le dice a su rival. Las únicas cualidades que se necesitan son la oratoria y una memoria abismal. Un emisario no es un rey, ni una extensión del rey, no entra en batalla y sus modales y su educación están al servicio de la ocasión siempre que se requiera. Pues bien, Vlad mantuvo con ellos esta conversación en tono desafiante después de haber escuchado la petición de los niños que le hicieron los emisarios:

-Emisarios de mis enemigos, los turcos, portadores de noticias desalentadoras para mi reino. No traéis a mi ciudad más que noticias perturbadoras que ciñen aún más los ásperos lazos que nos unen. ¿Qué solución nos queda? Entregar a todos nuestros descendientes como prueba de la sumisión a Constantinopla, o bien comenzar una guerra en la que saldríamos vencidos. Venís a mi ciudad portando las noticias de Turquía, aún pensáis que esta tierra es vuestra, que somos parte de vuestro reino, sin embargo, este lugar es bien diferente de cómo vosotros pensáis, aquí la gente tiene otro carácter, mira con otros ojos, posee otro aroma diferente, no desean vivir bajo la esclavitud y el temor a vuestros jefes.

-Pero mi señor Vlad –habló uno de los emisarios- no hará más de 5 años cuando esta tierra pertenecía a la nuestra, vuestros hombres son sino producto de los nuestros, fueron criados y educados bajo nuestras leyes. No oses eludir los lazos que nos unieron y nos seguirán uniendo, porque por lances del destino, nuestros caminos están llamados a encontrarse una vez más.

-Quítate el turbante –ordenó Vlad de forma inquisitiva- quitaos los turbantes los tres.

-¿Perdón señor? No veo el motivo por el cual tengamos que proceder como vuestra merced ordena –Replicó el mismo emisor que había tomado la voz anteriormente.

-Esto no es Constantinopla. Mientras oscuros desviados se unen en los rincones sucios de vuestra mugrienta ciudad, aquí los eliminamos y dejamos una ciudad extirpada de desechos, de lastres. Valaquia jamás se someterá ante Turquía, aquí tenemos nuestras propias leyes, leyes forjadas con la sangre de nuestros muchachos, mientras permanezcáis aquí, deberéis seguir las leyes que dictaron nuestros sabios –Sentenció Vlad.

-Me temo que eso no va a ser posible, pues bien es conocedor vuestra merced de que no sólo estamos bajo la representación de nuestro rey y nuestra cultura, sino también de nuestra religión, es ella la que nos proporciona los atavíos, es ella la que nos coloca el turbante sobre nuestros pensamientos, y sobre ella es donde descargamos nuestras leyes. Así pues, nos será imposible contentarle en lo referente a este asunto.

Aquellos emisarios turcos llegaron a Constantinopla doce días más tarde, el sultán turco los fue a recibir a las mismas puertas de la muralla que rodeaba su ciudad. Cuando los vio, descubrió que ninguno de ellos podrían quitarse los turbantes jamás, Vlad Tepes se los fijó al cráneo utilizando siete clavos de hierro forjado de 12 centímetros de longitud, prueba de la sumisión de Valaquia a la capital turca.

CAPÍTULO 7

En ocasiones, el aleteo de una mariposa se puede convertir en un tornado arrollador, la más leve ola se convertirá en una marea devastadora, el truco está en meditar dos veces antes de elegir la senda principal o la secundaria, porque una pequeña minucia, puede convertirse en un lastre para toda una vida.

Bien podría aplicársele estas líneas al protagonista de la siguiente anécdota, ya que esa pequeña minucia resolvería su destino enfrentándolo a la vida y a la muerte.

Cornel Karatorul vivía en una casa humilde en una de las zonas más céntricas de la ciudad. Vivía con su fiel esposa y sus 3 hijos varones, y poseía un pequeño negocio de venta de calzado de toda índole muy próximo a donde ellos residían.

Una apacible mañana, Cornel postró sus rodillas ante la interminable alfombra que discurría desde la gran portezuela del castillo de Vlad hasta su trono, alegando que era un comerciante honrado, que rara vez se embriagaba y que cumplía con todas sus obligaciones como el buen

ciudadano que pretendía ser. Alegó que unos ladrones le habían asaltado y le robaron cuarenta monedas de oro que guardaba en una pequeña bolsa roja dentro de uno de los bolsillos de su abrigo. Vlad le recomendó que se fuera a su hogar con su familia a descansar y a serenarse y que volviese al día siguiente. Cornel, un poco desubicado por la respuesta de Vlad, hizo caso al consejo y a la mañana siguiente retornó al castillo.

Dios sólo sabe lo que sucedió mientras aquel comerciante se enclaustraba en su casa, pero cuando volvió al castillo y fue introducido a uno de los jardines interiores su semblante y su opinión sobre Vlad cambió de forma radical. Allí estaban empalados los cuatro bandoleros que le habían asaltado el día anterior, los cuatro hombres que atemorizaban a sus familias, ahora estaban convertidos en frágiles almas desprovistas de toda vida. Detrás de las cuatro estacas ancladas al suelo, Vlad Tepes estaba sentado en su trono con la pequeña bolsa roja en su mano derecha, mirando fijamente al comerciante e indicándole que se apresurara a acercarse a él. Le arrojó la bolsa y le ordenó que contase bien todas las monedas, con el fin de saber si faltaba alguna. Rufián fue su actitud y cobarde fue su astucia, ya que en lugar de meter las cuarenta monedas de oro que contenía la bolsa en su origen, introdujo una más, cuarenta y una monedas en total.

El comerciante, arrodillado en el suelo, comenzó a contar una a una todas aquellas monedas. Cuando finalizó el recuento, dudó sobre sus cuentas, miró a Vlad durante una fracción de segundo con temor, y volvió a contarlas todas, para comprobar si en efecto había cometido un error de cálculo. Al acabar el segundo recuento, le dijo a Vlad que sobraba una, que a él le habían robado cuarenta monedas, que una de ellas la había introducido alguien por equivocación, y se la entregó a Vlad.

-Id con Dios comerciante, tu honradez te ha salvado. Si hubieras intentado quedártela, tu destino habría sido decorar el jardín compartiendo el final con tus ladrones.

El atemorizado extranjero salió del castillo con un sentimiento inestable marcado por el miedo de la situación y el alivio al saber que había salvado su vida. En ambos recuentos que hizo, meditó cuidadosamente el quedarse con aquella moneda.

CAPÍTULO 8

La historia que les muestro a continuación, ocurrió una mañana fresca y nublosa del mes de Marzo, tengo grabada en la memoria todo lo que ocurrió aquel día como si lo estuviese viendo ante mis propios ojos.

A media mañana, encontrábase vuestro humilde siervo dando un paseo por los estrechos y sinuosos pasillos del palacio de Vlad, acompañado por dos de los grandes maestros de mi orden, charlando sobre la salvación del

ser humano, y de la espiritualidad que emanaba de cualquier persona que hubiera sido bendecida con el don de Dios. Nos encantaba dar largos paseos durante horas, en ocasiones las conversaciones se tornaban acaloradas y discutíamos discrepando entre los tres, discusiones banales, que nada más lejos de la realidad, sólo servían para ahondar en el tema cuestionado y para dejar correr el monótono tiempo. Las paredes color marrón, los cuadros en los que se representaban las glorias heroicas de los antepasados de Vlad y un sinfín de adornos decorativos entre los que destacaban los candelabros y los jarrones traídos desde los rincones más remotos de la India, no hacían sino adentrarnos de lleno en las conversaciones de nuestros hermanos.

Cuando doblamos una esquina y enfilamos otro corredor, descubrimos que Vlad caminaba hacia nosotros con ímpetu energético seguido de 4 soldados de su propia guardia personal. Avanzaba a pasos agigantados, como si tuviese un menester que resolver de inmediato.

Imagino que a mis dos hermanos les pasó lo mismo que a vuestro servidor por su anciana cabeza, también sentirían como un escalofrío helado recorriese cada una de sus vértebras. Pero a diferencia del más joven, ellos dos siguieron hablando de la salvación de las almas, siguieron impassibles al hecho de tener la muerte a escasos pasos de distancia. Yo no me atreví a levantar la mirada, cuya dirección sin duda era al suelo, una mirada perdida, veía sin ver, escuchaba sin oír, tan sólo hacía caso de mis propios pensamientos, que se dirigían a suplicar al seño que no hubiera llegado mi pronta hora.

Vlad pasó de largo, pero de repente noté como el sonido de las pisadas tanto de nuestro emperador y de sus seguidores comenzó a disminuir, a perder intensidad. Debió ser la conversación entre mis maestros lo que frenó la marcha de Vlad, que interesado por lo que escuchó, giró su cuerpo mirando cómo nos alejábamos. Suerte que los asuntos de Vlad eran algo más urgentes que una simple charla con tres sacerdotes de su palacio. Dios escuchó mis plegarias, si él se hubiera dado la vuelta y hubiese mantenido una conversación con nosotros, creo que hubiese desfallecido en ese mismo instante. No sólo su figura me imponía un miedo y un respeto atroz, sino que todas las historias que se contaban sobre él, hacían que ese pánico se acumulase en el centro de mi cabeza y me impidiese actuar con normalidad. Dios me salvó, hasta el momento.

Los asuntos que me salvaron de buen susto correspondían a una caravana de comerciantes alemanes, que en su curso desde Serbia hasta Hungría cruzaron por nuestras tierras. Era tradición que si algunos comerciantes utilizaban los caminos de alguna nación, hiciesen un alto en el camino para rendir tributo al emperador, agradecerle que le dejase sus tierras para acortar el camino y para que les diese una senda segura en un país extranjero. En algunas ocasiones, ciertos gobernantes invitaban a esos comerciantes a un escueto banquete en el palacio real, donde no

abundaban ni la comida ni la bebida, pero si había en exceso ganas de comercializar. Los comerciantes exhibían sus productos y rebajaban los precios, sobre todo en la seda y en la plata.

Estos comerciantes que cruzaron Valaquia no se detuvieron en el palacio de Vlad, dura y pública ofensa, que no se podía permitir el lujo de ignorar. Capturó a estos comerciantes a veinticuatro verstas de distancia entre nuestra frontera y Hungría y los mandó empalar a todos en un campo de un agricultor no muy lejano de allí. Un hombre se acostó con diez cabezas de ganado y se despertó con casi 600 cuerpos alemanes asesinados, drástico cambio el que le deparó el crepúsculo.

Cuenta la leyenda, que Vlad asesinó a todos los comerciantes alemanes salvo a dos de ellos (que por su propio beneficio hubiesen deseado compartir destino con sus camaradas), a uno le arrancó los ojos con una cuchara de metal, y al otro le cortó la lengua con una cizaña. Los mandó de regreso a Serbia con las 600 cabezas alemanas metidas en varios sacos que guardaron en el carruaje comercial.

CAPÍTULO 9

Una muestra del poder de Vlad, del miedo que inspiró en pocos ciclos lunares a todos sus ciudadanos, se puede comprobar con la famosa copa de oro, conocida en todos los rincones del reino.

En una fuente de la plaza central de nuestra capital, Târgoviste, colocó una copa de oro que estaba valorada al menos en trescientos esclavos según mis cálculos y mis conocimientos económicos. Su objetivo es que toda persona que su camino deparase a aquella plaza, debía beber agua de la copa de oro. Su alma descansaría eternamente en paz, y tendría una vida justa, noble y pacífica.

Durante todos los años de reinado, nadie, ni el más hediondo indigente de la nación, osó robar la copa de oro.

CAPÍTULO 10

En los días en los que había más menesteres en la ciudad, cuando las herrerías funcionaban a pleno rendimiento, las espadas se afilaban, se ajustaban las monturas de los corceles y se preparaban en las mejores tabernas los platos más exquisitos para los soldados, justo en esos días, era cuando más anécdotas sanguinarias y espeluznantes llegaban a nuestros oídos. No necesitábamos recorrer cada rincón de la ciudad, muy a menudo llegaban a la puerta de nuestros monasterios alcahuetes que nos desvelaban las nuevas más relevantes de la ciudadela.

Un día como otro cualquiera llegó a nuestro hogar la historia que se

bautizó como la mujer holgazana:

Recorriendo la marca con sus soldados reales, Vlad Tepes se cruzó con un hombre que parecía falto de mujer a juzgar por el aspecto de su ropa, harapos descoloridos y descosidos. Al ver su aspecto, Vlad le preguntó que si carecía de esposa, a lo que el campesino le respondió que sí que tenía. Vlad hizo traer a la mujer, la preguntó a qué dedicaba su tiempo libre, a lo que ella respondió que se ocupaba del hogar, hacía el pan, cosía, lavaba...

Una sonrisa maliciosa apareció en el rostro de Vlad, que señalando las ropas de su propio marido, ordenó que la empalasen allí mismo, frente a su marido, y según nos contaron, sus dos descendientes, de cuatro y siete años. No bastaron las súplicas del marido, que reafirmó que estaba satisfecho con ella, ni las miradas desconcertadas de los soldados, la suerte de esta mujer estaba decidida.

Acto seguido, ordenó (o más bien forzó) a otra campesina a casarse con el ahora convertido en viudo, amenazándola con sufrir el mismo desenlace que su anterior mujer si no cuidaba en todos los aspectos de su marido.

Aunque esté a doscientas verstas de distancia de mi antiguo hogar, sé con certeza que a día de hoy este matrimonio vive feliz junto a sus cinco hijos, tres nacidos de este nuevo emparejamiento. También sé, porque las lenguas ociosas son las más afiladas, que no hubo otro campesino que tuviese semejante porte mientras hacía sus faenas de labranza, bien cuidado y bien vestido, supongo que este campesino no sólo consiguió pasar página en cuanto a su ex mujer, sino que consiguió acabarse el libro entero.

Todos los monjes del monasterio, tenemos constancia de que al menos hubo dieciocho nuevos matrimonios forjados por la mano de Vlad, y todos ellos pueden contar que al menos en apariencia, viven felices y contentos.

CAPÍTULO 11

Ya acabando su reinado, Vlad tuvo por costumbre visitar a los pueblos de Valaquia cercanos a la capital, husmeando en los asuntos de los gobernantes, desmenuzando las inquietudes de la población y poniendo a crítica cada adoquín y baldosa de cada calle.

En un pueblo no muy lejano, pudo observar como dos monjes pedían limosna en mitad de una avenida concurrida. Asombrado por esta inusual costumbre, se acercó a ellos con la misma inocencia que podría aparentar cualquier infante poco criado. Les preguntó que por qué mendigaban, cuando colaborando en cualquier iglesia del pueblo, podría no sólo vivir holgadamente, sino que podrían servir como luz que guía al resto de

feligreses. Se interesó en especial en los motivos que llevaron a esos dos monjes a abandonar una vida cómoda, plácida bajo el lecho clerical, y a mezclarse en un mundo propio de mendigos, ladrones, leprosos y gitanos.

Los dos monjes le comentaron que ya habían vivido en un monasterio, pero que Dios les había puesto a prueba, debían mendigar y aceptar la limosna del resto del pueblo para saber con certeza si sus almas descansarían en paz en el reino de los cielos.

Vlad les mandó empalar, diciéndoles que así no tendrían que mendigar más, que sus dudas se resolverían de inmediato.

CAPÍTULO 12

La última historia que mi corazón permite contar, es la referente a vuestro humilde siervo. En esta historia no pondré como ejemplo a ningún noble boyardo, ni a ningún marginado de nuestra sociedad. En este relato, el protagonista es un simple monje, novicio en su conocimiento y en su experiencia en el gremio.

Una mañana, ni más fría ni más calurosa que el resto, ni más nublada ni más soleada que otra cualquiera, en fin, una mañana más de nuestras vidas, fuimos llevados ante el trono de Vlad aquellos dos monjes con los que solía mantener discusiones sobre nuestros espíritus y mi propia persona. No os puedo asegurar, aunque apostaría por mí, cuál de los tres de nosotros tenía más miedo y más perplejidad. Pero acudimos los tres con la cabeza bien alta a nuestro llamamiento. Reflexiono muy a menudo sobre esto. Cualquier soldado apostaría su espada a que nuestros semblantes reflejaban honor y seguridad, cómo si no tuviéramos miedo de la muerte, más aún, cómo si conociendo a la muerte, no tuviéramos miedo de enfrentarnos a ella. Creo que a mis dos compañeros les pasó por la sesera el mismo pensamiento que a mí, un pensamiento forjado por los años de incertidumbre, de miedo que paraliza, de historias de mutilaciones y asesinatos injustos. Conocedores de que si ese era nuestro destino, mejor afrontarlo con honor en una muerte pronta, que afrontarlo tarde en una muerte deshonrosa.

Nos situamos los tres en frente a Vlad, separados por una distancia semejante a nuestra propia envergadura, más bien la mía, ya que era algo más esbelto que mis dos compañeros, encarnecidos y menguados por el lento paso del tiempo. Vlad se dirigió primero al compañero situado a mi siniestra:

-Y bien, necesito tu consejo. Tus años de experiencia y sabiduría en esta corte servirán para desmantelar la encrucijada espiritual en la que me

siento en este momento.

-Dígame señor, ¿qué puede servirle este humilde siervo de Dios?-
Respondió nuestro monje inclinándose en posición servil hacia Vlad.

-Aquello que no me deja dormir por las noches, me quita el sueño a decir verdad, es lo siguiente.- Mesó su larga barba, pensativo, carraspeando...
-Con tus conocimientos sobre Dios y nuestra salvación, ¿Crees que iré al cielo o al infierno?

El monje titubeó, sabedor de que en su respuesta estaba en juego, tomó unos valiosos segundos para meditar su respuesta:

-La gloria de Dios no tiene límites, así como su bondad. Perdonó a los asesinos de su hijo, perdonó a su pueblo de que blasfemasen y adorasen a otros dioses creando falsas estatuillas de oro. Dios ha sido el mismo ejemplo del perdón, y por este motivo tu alma descansará en paz en su seno. Nuestro padre entenderá que tus actos han respondido a ataques deliberados de los enemigos del catolicismo, y por la defensa de tu hijo, de su espíritu y de su Iglesia, tu alma irá directa al cielo junto a los demás santos.

Ambos hombres se miraron durante un breve instante a los ojos. Pero volvió a aparecer ese gesto letal, la persona que lo ve sabe que sucede a continuación, siempre lo sabe, los tres lo supimos. Vlad desvió la mirada hacia unos guardias que se apostillaban en la puerta de su castillo, hizo un gesto afirmativo, asintió, y en un suspiro, en el tiempo que dura un parpadeo los guardias capturaron al monje y le mandaron empalar en la entrada, en la misma entrada, a los pies del negro castillo. Durante los instantes que duró el asesinato, pudimos escuchar los gritos de nuestro propio compañero, agonizando y dejando escapar aullidos de terror y dolor.

No fui capaz de mirar a mi compañero, tenía los ojos fijos en mis propios pies, pero recuerdo que comencé a llorar, ni se bien el motivo. Analizándolo en la lejanía del tiempo y de la tierra, creo que lloré por frustración, por la rabia y por el odio que subían por mi espina dorsal. Por saber que no tenía ninguna opción de salvar a mis hermanos.

-¿Crees que iré al cielo o al infierno?- Volvió a comentar Vlad. Yo supliqué por un instante que no se dirigiera a mí, pero pasado ese instante, comprendí que si no era yo, sería el siguiente, quizá lo mejor sería acabar cuanto antes. Pero no era mi turno, sino el de mi hermano situado a mi diestra, que en un alarde de rabia, y como poseído por alma maligna, vomitó toda su rabia contra Vlad:

-Irás al infierno por supuesto. Nadie, ni siquiera Dios podrá perdonarte tus fechorías, los asesinatos, empalamientos, mutilaciones y crematorios

pueden ser perdonados por el altísimo, pero jamás se te podrá perdonar ni siquiera en mil vidas que las hayas arrebatado de aquellos que recién llegaron a este mundo. Tu alma no descansará en paz por los siglos de los siglos.

En esta ocasión, creo que no hizo falta ningún gesto de Vlad, los guardias apresaron a mi hermano y le condujeron por el mismo camino que minutos antes había recorrido otro de mis hermanos. Esta vez, los gritos calaron en lo más hondo de mi corazón, no había salida, ninguna respuesta era válida, y en mi soledad, esos gritos me hicieron recordar que yo era el siguiente. Cuando estos cesaron, me encontré abandonado a mi suerte. En muchas ocasiones aseguré que prefería estar solo rodeado de la soledad que solo rodeado por la multitud, pues bien, mi propio dicho se reveló contra mí. Jamás anhelé tanto la compañía de otro ser humano, sentir su propio calor cercano al mío.

-¿Qué me respondes tú? Ya conoces la pregunta, no me hagas repetírtela.
- Ahora sí, había llegado mi turno.

Tras breves segundos interminables, saqué valor y agallas suficientes para decirle lo único que me atreveré a contarles a ustedes:

-Te daré mi respuesta, que será la que más te satisfaga de las tres, pero atiende a una petición mía, y despeja el salón, solo Dios, tú y yo seremos los confidentes que debatiremos si merezco el castigo de mis hermanos o no.

-Valor no te falta joven aprendiz. Espero que tu respuesta sea satisfactoria.-Y con un breve ademán, despejó la sala y todos sus guardias desaparecieron sin más. Durante una fracción de segundo eché la vista atrás, justo cuando se abrían las grandes portezuelas, y pude ver a mis dos hermanos postrados sobre un gran poste de madera, a sendos lados de la linde que conducía a la entrada del castillo.

-Ya estamos solos, es tu turno.-Susurró Vlad con la voz más tenebrosa que recuerdo hasta entonces.

...

Tengo todos los recuerdos nítidos en mi mente, no creáis que no los pongo por escrito por falta de memoria. Lo hago porque mi petición a nuestro señor fue confidencialidad, y si Dios no me falla, nadie sabrá lo que ocurrió en esa habitación.

Salvé mi vida, casi sin creérmelo. Conseguí escapar a mi destino, fuere cual fuere. Vlad me dejó marchar, a cambio de que, según palabras suyas, cogiese mis anotaciones donde tenía apuntadas todos los asesinatos e injusticias cometidas por él, y las difundiese allá donde el

hombre se había atrevido a ir. Justo cambio he de decirlo.

Mi respuesta me la llevaré conmigo a la tumba, nadie, y os aseguro que nadie, sabrá cuales fueron las palabras que escogí para salvar mi vida. Os puedo garantizar que fueron las precisas y acertadas, de no ser así podríais ver mi cadáver descompuesto en la misma entrada del castillo, y hasta probablemente no conoceríais esta historia, pero fui el elegido, sobreviví.

Ahora solo me queda cumplir con la última voluntad del que hasta entonces fue mi señor, difundir lo ocurrido en aquella región, a sabiendas de que todo el mundo recuerde cómo se forjó la leyenda de Vlad Tepes, Vlad el Empalador.

Capítulo 2